

Capítulo 1

Maiden Hill, Inglaterra
Noviembre de 1760

El hombre que yacía muerto a los pies de Lucinda Craddock-Hayes parecía un dios caído. El dios Apolo o, más probablemente, Marte, el causante de guerras, había tomado forma humana y caído del cielo para que lo encontrara una joven soltera en el camino a su casa. Aunque claro, los dioses no sangran.

Ni mueren, si es por eso.

—Señor Hedge —llamó Lucy, por encima del hombro.

Miró a ambos lados del camino que llevaba del pueblo Maiden Hill a la casa Craddock-Hayes; estaba igual que antes que encontrara al hombre; estaba desierto, aparte de ella, del criado que venía resollando detrás y del cadáver que yacía en la cuneta. El cielo invernal estaba cubierto por nubes grises. Ya comenzaba a oscurecer, aunque aún no eran las cinco de la tarde. Los árboles sin hojas que bordeaban el camino se veían silenciosos y fríos.

Tiritando por el frío y la impresión, se arrebujó más la capa, que se le había deslizado por los hombros. El hombre muerto estaba tirado en la cuneta, desnudo, todo magullado y boca abajo. Los largos contornos de su espalda estaban cubiertos de sangre, que le manaba del hombro derecho; más abajo las delgadas caderas, las piernas musculosas y velludas, y los pies huesudos, curiosamente

elegantes. Pestañeó y volvió a mirarle la cara. Aun estando muerto, era guapo; la cabeza girada hacia un lado dejaba ver un perfil patriótico, una nariz larga, pómulos altos y una boca ancha. Una ceja sobre el ojo cerrado estaba partida por una cicatriz; el pelo claro muy corto le caía liso sobre el cráneo en los lugares donde no estaba enmarañado y apelmazado por la sangre. Tenía la mano izquierda sobre la cabeza y en el índice se veía una marca que indicaba que ahí debía llevar un anillo; sus asesinos debieron robárselo junto con todo lo demás. Alrededor del cuerpo el barro estaba revuelto y cerca de la cadera se veía la honda huella del tacón de una bota. Aparte de eso, no había ninguna señal que indicara quién lo dejó tirado ahí como quien tira menudillos.

Sintió el escozor de tontas lágrimas en los ojos. Le parecía un insulto terrible que sus asesinos lo hubieran dejado ahí de esa manera: desnudo, degradado. Eso lo encontraba insoportablemente triste. Boba, se reprendió. Oyó los sonidos de unos pasos arrastrados y de unas palabras masculladas. Se apresuró a limpiarse de lágrimas las mejillas.

—Primero va a visitar a los Jones y a todos los jodidos mocosos Jones. Luego subimos toooda la colina para ver a la antipática vieja Hardy, no sé por qué aún no la han puesto a reposar bajo tierra con una pala. Después, claro, ella necesita pasar por la casa del párroco. Y yo, acarreando enormes tarros de mermelada de allá para acá.

Lucy reprimió el deseo de poner en blanco los ojos. Hedge, su criado, llevaba un grasiento tricornio calado sobre una mata de pelo cano. Sus polvorientos chaqueta y chaleco eran igualmente desaliñados, y había decidido destacar sus piernas arqueadas con unas medias con escudetes rojos bordados, sin duda ya desechadas por su padre.

Él se detuvo a su lado.

—¡Ay, Dios, un mortal!

Con la sorpresa el hombrecillo había olvidado encorvarse, pero en el instante en que ella se giró hacia él, pareció desmoronarse su

fuerte cuerpo. Se le dobló la espalda y sus hombros se hundieron como si le hubiera caído encima el horrible peso de la cesta de ella ya vacía, y la cabeza le quedó colgando hacia un lado, lánguida. A modo de remache, sacó un pañuelo a cuadros y se lo pasó por la frente como si le costara muchísimo esfuerzo hacer el movimiento.

Lucy no hizo el menor caso; había visto esa representación cientos de veces en su vida, si no miles.

—No sé si yo lo llamaría un mortal, pero desde luego es un cadáver.

—Bueno, es mejor no quedarse aquí mirándolo. Dejemos a los muertos descansar en paz, como digo siempre.

Diciendo eso pasó por su lado para reanudar la marcha. Ella le interceptó el paso.

—No podemos dejarlo aquí.

—¿Por qué no? Estaba aquí antes que usted pasara. Y no lo habría visto si hubiéramos tomado el atajo por el ejido como yo dije.

—De todos modos, lo encontramos. ¿Me hace el favor de ayudarme a llevarlo?

Hedge retrocedió tambaleante, con la incredulidad marcada en la cara.

—¿Llevarlo? ¿A un tipo así de grande? No, a no ser que quiera verme lisiado. Me duele la espalda, la tengo fastidiada desde hace veinte años. No me quejo, pero de todos modos.

—Muy bien —concedió ella—. Tendremos que conseguir una carreta.

—¿Por qué no lo dejamos ahí en paz? Alguien lo encontrará dentro de un rato.

—Señor Hedge...

—Lo apuñalaron en el hombro y tiene todo el cuerpo ensangrentado. Eso no es agradable.

Arrugó la cara hasta dejarla parecida a una calabaza podrida.

—Seguro que él no tenía la intención de que lo apuñalaran, fuera

en el hombro o donde fuera, y no creo que podamos hacerlo responsable de eso.

—Pero ha comenzado a descomponerse —protestó Hedge agitando el pañuelo delante de la nariz.

Lucy se abstuvo de decirle que no había ningún mal olor antes que llegara él.

—Esperaré aquí mientras usted va a buscar a Bob el herrero y su carreta.

Hedge frunció las abundantes cejas grises listo para oponerse.

—¿A no ser que prefiera quedarse aquí con el cadáver?

Al instante a él se le deshizo el entrecejo.

—No, señora. Usted sabe qué es lo mejor, seguro. Iré trotando a la herrería.

El cadáver gimió.

Lucy lo miró, sorprendida.

Hedge pegó un salto hacia atrás, declarando lo obvio:

—¡Jesucristo todopoderoso! ¡No está muerto!

Buen Dios. Y todo ese tiempo ella había estado ahí discutiendo con Hedge. Se quitó la capa y le cubrió la espalda.

—Páseme su chaqueta.

—Pero...

—¡Inmediatamente!

No se molestó en mirarlo. Rara vez empleaba un tono duro, por lo que era más eficaz cuando lo empleaba.

—Ayyy —gimió Hedge, pero le pasó la chaqueta.

—Vaya a buscar al doctor Fremont. Dígale que es urgente y que debe venir inmediatamente. —Miró severa sus brillantes ojillos—. Y, ¿señor Hedge?

—¿Sí, señora?

—Corra, por favor.

Hedge dejó la cesta en el suelo y se puso en marcha, sorprendentemente rápido, olvidado su dolor de espalda.

Lucy se arrodilló junto al hombre y con la chaqueta de Hedge le

envolvió las piernas y le cubrió las nalgas. Después puso la mano bajo su nariz y esperó, casi sin respirar, hasta que sintió el débil roce de su aliento. Sí, estaba vivo. Se sentó sobre los talones y consideró la situación. El hombre estaba sobre el duro y frío suelo de la cuneta formado por barro y malezas medio congelados. Eso no podía ser bueno para él, sobre todo tomando en cuenta sus heridas. Pero como comentara Hedge, era un hombre corpulento, y no sabía si podría moverlo ella sola. Apartó el borde de la capa que le cubría la espalda. A sus ojos inexpertos, la herida en el hombro estaba llena de sangre seca y había dejado de sangrar. Tenía magulladuras y moretones en el resto de la espalda y el costado. A saber cómo tendría la parte delantera.

Y luego estaba la herida en la cabeza.

Movió la cabeza de un lado a otro. El hombre estaba del todo inmóvil y blanco. No era extraño que lo hubiera tomado por muerto. De todos modos, Hedge podría haber estado ya en camino hacia la casa del doctor Fremont mientras discutían acerca del pobre hombre.

Volvió a comprobar si respiraba colocando la palma cerca de sus labios. Su respiración era superficial, pero pareja. Le pasó el dorso de la mano por la fría mejilla; una barba casi invisible le raspó los dedos. ¿Quién sería? Maiden Hill no era tan grande como para que pasara desapercibido un forastero. Sin embargo en las visitas de esa tarde no había oído ningún cotilleo acerca de visitantes. Todo indicaba que él había aparecido ahí en el camino sin que nadie lo advirtiera. También era evidente que además de golpearlo le habían robado. ¿Por qué? ¿Era sencillamente una víctima o de alguna manera se había atraído o buscado esa suerte?

Se rodeó con los brazos al pensar eso último y rezó pidiendo que Hedge se diera prisa. La luz iba desvaneciéndose rápidamente y con ella el calor del día. Un hombre expuesto a los elementos a saber cuánto tiempo. Se mordió el labio.

Si Hedge no volvía pronto no habría necesidad de médico.

— Está muerto.

Esas tajantes palabras dichas al lado de sir Rupert Fletcher sonaron demasiado estridentes en el atiborrado salón de baile. Miró alrededor para ver quiénes estaban tan cerca que pudieran oír y se acercó a su interlocutor, Quincy James.

Apretó con fuerza su bastón de ébano en la mano derecha, para no dejar ver su irritación. Ni su sorpresa.

— ¿Qué quieres decir?

— Lo que he dicho — contestó James, sonriendo satisfecho —. Está muerto.

— ¿Lo mataste tú?

— No. Envié a mis hombres.

Sir Rupert frunció el entrecejo, intentando comprender esa información. ¿James se había lanzado a actuar por su cuenta y tenido éxito?

— ¿Cuántos? — preguntó —. Tus hombres.

El joven se encogió de hombros.

— Tres. Más que suficiente.

— ¿Cuándo?

— Esta mañana temprano. Recibí un informe justo antes de salir para acá.

Esbozó una sonrisa engreída que le formó hoyuelos en las mejillas. Al ver sus ojos azul celeste, sus facciones inglesas normales y su figura atlética, muchos lo considerarían un hombre simpático e incluso atractivo.

Esos muchos se equivocarían.

— Supongo que no dejaste ninguna pista que pueda llevar a ti.

A pesar de que intentó hablar tranquilo, debió meterse un cierto filo en su voz.

Se desvaneció la sonrisa de James.

— Los muertos no hablan.

Qué idiota.

— Jum. ¿Dónde?

—Fuera de su casa de ciudad.

Sir Rupert soltó una maldición en voz baja. Matar a un par del reino fuera de su casa era la obra de un imbécil. Su pierna mala le dolía endemoniadamente esa noche, y ahora esa estupidez de James. Apoyó más el peso en su bastón, tratando de pensar.

—¡Cálmate! —dijo James, nervioso—. Nadie los vio.

Sir Rupert arqueó una ceja. Lo protegiera Dios de los aristócratas que decidían pensar y, peor aún, actuar, solos, por su cuenta. El aristócrata típico provenía de tantas generaciones dedicadas al ocio que no le resultaba fácil encontrarse la picha para mear, y mucho menos hacer algo más complicado, como idear y organizar un asesinato.

—Además —continuó James alegremente, sin poder imaginarse sus pensamientos—, le quitaron la ropa y lo dejaron tirado fuera de Londres, a medio día de trayecto. Nadie lo reconocerá ahí. Cuando lo encuentren ya no habrá mucho que reconocer, ¿verdad? Perfectamente seguro.

Dobló la mano y se metió un dedo por el pelo dorado. Lo llevaba sin empolvar, tal vez por vanidad.

Pensando en esa última novedad, sir Rupert bebió un poco de Madeira. El salón de baile estaba sofocante, por la multitud; olía a la cera de las velas, a empalagosos perfumes y a olores corporales. Habían abierto las puertas cristaleras que daban al jardín para que entrara el fresco aire nocturno, pero eso tenía poco efecto en la calurosa sala. El ponche se había acabado hacía media hora y aún faltaban varias horas para el bufete de medianoche. No tenía grandes esperanzas en cuanto a los refrigerios. Su anfitrión, lord Harrington, tenía fama de tacaño, incluso cuando recibía a la flor y nata de la sociedad y a unos cuantos advenedizos como él.

En el centro del salón habían dejado un espacio libre para los bailarines, que giraban ahí en un arco iris de colores. Mozas con elegantes vestidos bordados y el pelo empolvado. Caballeros con sus pelucas y sus mejores e incómodas galas. No les envidiaba esos boni-

tos movimientos a los jóvenes; tenían que estar chorreando de sudor por debajo de sus sedas y encajes. Lord Harrington, o mejor dicho, lady Harrington, tenía que sentirse gratificada por la masiva asistencia a esa fiesta tan temprano en la temporada. Dicha dama tenía cinco hijas solteras, y dirigía a su ejército como una veterana experimentada, preparada para la batalla. Cuatro de ellas estaban en la pista de baile, del brazo de caballeros cotizables.

Y no era que él estuviera en posición de criticar, teniendo tres hijas menores de veinticuatro años, las tres ya salidas del aula y las tres necesitadas de maridos convenientes. En realidad, Matilda, que estaba a unos veinte pasos acompañada por Sarah, le captó la mirada; arqueó una ceja mirando significativamente hacia el joven Quincy James, que seguía al lado de él.

Negó ligeramente con la cabeza; antes permitiría que una de sus hijas se casara con un perro rabioso. Las señales de comunicación entre ellos estaban bien desarrolladas después de casi tres decenios de matrimonio, así que su señora esposa se giró muy tranquila a charlar con otra señora mayor, sin revelar que había intercambiado información con su marido. Cuando llegaran a casa esa noche tal vez lo interrogaría acerca de James y querría saber por qué el joven no era buen material para el matrimonio, pero en esos momentos ni soñaría con hacer algo que fastidiara a su marido.

Ojalá sus otros socios fueran tan circunspectos.

—No sé por qué te preocupas —dijo James, que al parecer no logró soportar el silencio—. Él no sabía nada acerca de ti. Nadie supo nada acerca de ti.

—Y prefiero que continúe así —dijo sir Rupert en voz baja—. Por el bien de todos.

—Apostaría que lo prefieres. Nos de-dejaste a m-mí con Walker y los otros dos que le diéramos caza en tu lugar.

—En todo caso, él os habría descubierto.

James se rascó el cuero cabelludo con tanta violencia que casi se desarmó la coleta.

—Hay al- algunos a los que to- todavía les gustaría saber acerca de ti.

—Pero no te haría ningún bien traicionarme —dijo sir Rupert secamente, saludando con una venia a un conocido que estaba pasando.

—No he dicho que lo diría.

—Estupendo. Tú te beneficiaste tanto como yo del asunto.

—Sí, pero...

—Entonces, a buen fin no hay mal principio.

—Pa- para ti es f- fácil de- decirlo. —El tartamudeo de James iba en aumento, lo que indicaba que estaba muy nervioso—. Tú no viste cómo quedó Hartwell. Le ensartó la espada en el cuello; tiene que haberse desangrado hasta morir. Sus padrinos dijeron que el duelo duró sólo dos minutos, dos minutos, imagínate. Ho- ho- rroroso.

—Tú eres mejor espadachín de lo que nunca fue Hartwell.

Le sonrió a Julia, su hija mayor, que comenzaba un minué. Llevaba un vestido de un favorecedor tono azul. ¿Se lo había visto antes? Creía que no. Debía ser nuevo. Era de esperar que no lo hubiera arruinado al comprarlo. Su pareja era un conde ya cuarentón. Algo viejo, pero un conde de todos modos.

La histérica voz de James interrumpió sus pensamientos:

—Pe- peller era un excelente espadachín también, y f- fue el primero que mu- mu- rió.

Hablaba demasiado alto. Sir Rupert intentó calmarlo.

—James...

—Retado a duelo por la noche y mu- muerto antes del desayuno a la mañana siguiente.

—Creo que no...

—Pe- perdió tres de- dedos intentando de- defenderse cuando se le cayó la espada de la mano. Después yo tuve que bus- buscarlos en la hierba. ¡D- dios mío!

Personas cercanas giraron la cabeza hacia ellos. El volumen de la voz del joven era cada vez más fuerte.

Momento de separarse, pensó sir Rupert.

—Ya se acabó —dijo, girando la cabeza y mirándolo a los ojos, dominándolo.

A James le comenzó un tic debajo del ojo derecho. Hizo una inspiración para volver a hablar. Sir Rupert se le adelantó:

—Está muerto. Acabas de decírmelo.

—Sí, pero...

—Por lo tanto, no tenemos nada más de qué preocuparnos.

Le hizo una venia y se alejó cojeando. Necesitaba terriblemente otra copa de Madeira.

—No lo quiero en mi casa —declaró el capitán Craddock-Hayes.

Estaba en el vestíbulo de entrada de la casa Craddock-Hayes, de brazos cruzados sobre su fuerte y corpulento pecho, con los pies separados como si estuviera en la cubierta de un barco, la cabeza muy erguida con la peluca puesta, y sus ojos azul mar fijos en un horizonte lejano.

Normalmente el vestíbulo era bastante grande para las necesidades normales, pensó Lucy pesarosa, pero en ese momento parecía haberse encogido, en proporción a la cantidad de personas que había ahí, y el capitán estaba justo en el centro.

Pasó por un lado de él y le hizo un gesto a los hombres que llevaban al desconocido para que avanzaran.

—Sí, papá —dijo—. Arriba en el dormitorio de mi hermano, creo. ¿No le parece, señora Brodie?

El ama de llaves asintió; los volantes de la cofia que enmarcaba sus rojas mejillas se agitaron al compás del movimiento.

—Sí, señorita. La cama ya está hecha y puedo encender el fuego en un instante.

Lucy sonrió aprobadora.

—Estupendo. Gracias, señora Brodie.

El ama de llaves subió a toda prisa la escalera, meciendo su ancho trasero con cada paso.

—Ni siquiera sabes quién es el fulano —continuó su padre—. Podría ser un vagabundo o un asesino. Hedge dijo que lo apuñalaron en la espalda. Qué tipo de hombre recibe una puñalada, te pregunto. ¿Eh? ¿Eh?

—No lo sé —contestó Lucy automáticamente—. ¿Te importaría moverte hacia un lado para que los hombres puedan pasar?

Obediente, su padre arrastró los pies hasta quedar cerca de la pared.

Los labradores jadeaban transportando al desconocido herido. Estaba terriblemente inmóvil, con la cara pálida como si estuviera muerto. Lucy se mordió el labio, tratando de disimular su ansiedad. No lo conocía, ni siquiera sabía de qué color tenía los ojos, pero para ella era importantísimo que viviera. Lo habían colocado sobre una puerta para hacer más fácil el transporte, pero era evidente que su peso y su altura hacían difícil maniobrar. Uno de los hombres soltó una maldición.

—No tolero ese lenguaje en mi casa —dijo el capitán, mirando indignado al culpable.

El hombre se ruborizó y masculló una disculpa.

El capitán asintió.

—¿Qué tipo de padre sería yo si admitiera en mi casa a cualquier tipo de gitano o vago? ¿Con una hija soltera viviendo aquí? ¿Eh? Uno condenadamente malo, eso.

Lucy retenía el aliento mientras miraba a los hombres arreglarse para subir la escalera.

—Sí, papá —dijo.

—Por eso hay que llevar a otra parte a este tipo. A la casa de Fremont, él es el doctor. O al asilo de los pobres. Tal vez a la casa del párroco, así Penweeble tendría la oportunidad de demostrar algo de caridad cristiana. Ja.

—Tienes toda la razón, pero ya está aquí —dijo Lucy, en tono apaciguador—. Sería una lástima tener que moverlo otra vez.

Uno de los hombres que estaban subiendo la escalera la miró con los ojos desorbitados.

Ella le sonrió tranquilizadora.

—En todo caso es probable que no viva mucho —dijo su padre, ceñudo—. No tiene sentido estropear unas buenas sábanas.

—Me encargaré de que sobrevivan las sábanas —dijo ella, comenzando a subir la escalera.

—Y mi cena, ¿qué? —gruñó él a su espalda—. ¿Eh? ¿Alguien se va a encargar de eso mientras corren a prepararle la habitación a un sinvergüenza?

Ella se giró a mirarlo, apoyada en la baranda.

—Tendremos la cena en la mesa tan pronto como lo vea instalado.

—Bonita cosa cuando el amo de la casa tiene que esperar a que pongan cómodos a los rufianes —gruñó él.

—Siempre eres muy comprensivo —le dijo ella, sonriéndole.

—Bah.

Ella se giró y continuó subiendo la escalera.

—¿Cielo?

Lucy asomó la cabeza por encima de la baranda. Su padre la estaba mirando enfurruñado, con las abundantes cejas blancas fruncidas sobre el puente de su bulbosa nariz roja.

—Ten cuidado con ese hombre.

—Sí, papá.

—Jum —masculló él a su espalda.

Pero ella terminó de subir la escalera a toda prisa y entró en el dormitorio azul. Los hombres ya habían trasladado a la cama al desconocido. Cuando ella entró salieron de la habitación, dejando una huella de barro.

—No debería estar aquí, señorita Lucy —exclamó la señora Brodie, cubriéndole el pecho al hombre con la sábana—. Estando él así.

—Lo vi con mucha menos ropa hace sólo una hora, señora Brodie, se lo aseguro. Al menos ahora está vendado.

—No las partes importantes —bufó la señora Brodie.

—Bueno, tal vez no —concedió Lucy—. Pero no creo que plantee ningún peligro, dado el estado en que se encuentra.

—Sí, pobre caballero —dijo la señora Brodie, dando unas palmaditas sobre la sábana que le cubría el pecho—. Tuvo suerte de que usted lo encontrara cuando lo encontró. Por la mañana ya habría estado congelado, ahí tirado. ¿Quién pudo haber hecho algo tan malvado?

—No lo sé.

—Nadie de Maiden Hill creo yo. Tiene que haber sido gentuza de Londres.

Lucy se abstuvo de señalar que era posible encontrar gentuza incluso en Maiden Hill.

—El doctor Fremont dijo que vendría por la mañana a verle las heridas.

La señora Brodie miró al paciente dudosa, como calculando sus posibilidades de vivir hasta el día siguiente.

—Sí.

Lucy hizo una honda inspiración.

—Supongo que hasta entonces lo único que podemos hacer es ponerlo cómodo. Dejaremos la puerta entreabierta por si se despierta.

—Será mejor que yo vaya a ocuparme de la cena del capitán. Ya sabe cómo se pone cuando se retrasa. Tan pronto como esté sobre la mesa enviaré a Betsy aquí a velar.

Lucy asintió. Sólo tenían esa única criada, Betsy, pero entre las tres tendrían que arreglárselas para cuidar al desconocido.

—Vaya. Yo bajaré dentro de un minuto.

—Muy bien, señorita. —La miró con cierta extrañeza—. Pero no se quede aquí demasiado rato. Su padre va a querer conversar con usted.

Lucy arrugó la nariz y asintió. La señora Brodie sonrió compasiva y salió.

Entonces Lucy miró al desconocido que estaba acostado en la cama de su hermano David, pensando nuevamente en quién sería.

Estaba tan inmóvil que tenía que concentrarse para ver los leves movimientos de elevación y descenso de su pecho. La venda en la cabeza sólo le aumentaba el aspecto de enfermo y destacaba los moretones en la frente. Se veía terriblemente solo. ¿Alguna persona estaría preocupada por él, esperando nerviosa su regreso?

Tenía un brazo fuera de las mantas. Se lo tocó.

Él levantó la mano y le golpeó la muñeca, cogiéndosela. El sobresalto fue tan grande que sólo pudo emitir un chillido de susto. Entonces se encontró mirando los ojos más claros que había visto en su vida; tenían el color del hielo.

—Te voy a matar —dijo él, claramente.

Ella pensó que esas palabras iban dirigidas a ella y le pareció que se le paraba el corazón.

Entonces él miró más allá de ella.

—¿Ethan?

Frunció el ceño como si estuviera perplejo y luego cerró los ojos de ese color tan raro. Antes que pasara un minuto se le aflojó la mano con que le tenía cogida la muñeca y el brazo le cayó sobre la cama.

Lucy respiró. A juzgar por el dolor que sintió en el pecho, esa era la primera respiración que hacía desde que le cogió la muñeca. Se apartó de la cama retrocediendo y friccionándose la sensible muñeca. Ese hombre tenía una fuerza brutal en la mano; tendría moretones por la mañana.

¿A quién le había hablado?

Se estremeció. Fuera quien fuera ese hombre, no lo envidiaba. No oyó ni una pizca de indecisión en su voz; estaba seguro, sin la menor duda, de que mataría a su enemigo. Volvió a mirarlo. Ya tenía la respiración lenta y profunda; daba la impresión de que estaba durmiendo apaciblemente. Si no fuera por el dolor de la muñeca, podría pensar que ese incidente sólo había sido un sueño.

—¡Lucy!

Ese grito sólo podía ser de su padre.

Recogiéndose las faldas, salió y bajó corriendo la escalera.

Su padre ya estaba en el comedor sentado a la cabecera de la mesa con una servilleta en el pecho metida en el cuello.

—No me gusta cenar tarde. Me estropea la digestión. Me paso la mitad de la noche sin poder dormir debido a los borboteos. ¿Es demasiado pedir que en mi casa se sirva la cena a la hora? ¿Eh? ¿Es demasiado?

Lucy fue a sentarse a la derecha de él.

—No, claro que no. Lo siento.

Entró la señora Brodie con una fuente de carne asada acompañada por patatas, puerros y nabos.

—Ja. Esto es lo que a un hombre le gusta ver en su mesa. —Sonriendo de oreja a oreja, cogió el cuchillo y el tenedor, preparándose para trinchar la carne—. Un buen asado inglés. Huele delicioso.

—Gracias, señor —dijo el ama de llaves, haciéndole un guiño a Lucy al girarse para volver a la cocina.

Lucy le sonrió. Gracias a Dios por la señora Brodie.

—Muy bien, pues, prueba esto —dijo su padre, pasándole un plato lleno de comida—. La señora Brodie sabe hacer un buen asado.

—Gracias.

—El asado más sabroso del condado. Necesitas sustento después de haber callejeado toda la tarde, ¿eh?

Lucy bebió un poco de vino, intentando no pensar en el hombre acostado arriba.

—¿Cómo te ha ido hoy con tus memorias? —preguntó.

Él seguía cortando trozos de carne, entusiasmado.

—Excelente, excelente. Escribí una escandalosa historia de hace treinta años. Sobre el capitán Feather, que ahora es almirante, maldito él, y tres isleñas. ¿Sabes que las isleñas no usan...? Jumm.

Se puso a toser y la miró con una expresión que parecía de azoramiento.

—¿Sí? —dijo ella, llevándose a la boca un tenedor lleno de patatas.

—No, nada, nada. —Terminó de llenar su plato y lo puso muy cerca de donde su tripa tocaba la mesa—. Limitémonos a decir que voy a encender un fuego debajo del viejo muchacho después de todo este tiempo. ¡Ja!

Lucy sonrió.

—¡Qué delicioso!

Si su padre terminaba sus memorias y las publicaba, se producirían una veintena de ataques de apoplejía en la armada de Su Majestad.

—Exacto, exacto. —Tragó y bebió un poco de vino—. Ahora bien, no quiero que te preocupes por ese sinvergüenza que has traído a casa.

Lucy bajó la vista al tenedor que tenía en la mano; lo vio temblar ligeramente, y deseó que su padre no lo notara.

—No, papá.

—Has hecho una buena obra, siendo la buena samaritana y todo eso. Tal como te enseñaba tu madre de la Biblia. Ella lo aprobaría. Pero ten presente... —Enterró el tenedor en un trozo de nabo—. He visto heridas en la cabeza. Algunos viven, otros no. Y no hay ni una bendita cosa que se pueda hacer en ningún caso.

Ella sintió bajar el corazón en el pecho.

—¿No crees que vivirá?

—No lo sé —ladró él, impaciente—. Eso es lo que quiero decir. Podría vivir, o no.

Ella cogió un trozo de nabo con el tenedor, tratando de contener las lágrimas.

—Comprendo.

Él dio una fuerte palmada en la mesa.

—Eso es justamente lo que quiero advertirte. No le tomes afecto a ese vagabundo.

A ella se le curvó una comisura de la boca.

—Pero no puedes impedirme que sienta —dijo amablemente—. Lo sentiré, lo quiera o no.

Él formó un feroz entrecejo.

—No quiero verte triste si estira la pata durante la noche.

—Haré lo posible por no entristecerme, papá —prometió.

Pero sabía que ya era demasiado tarde para eso. Si el hombre moría esa noche, lloraría por la mañana, por mucho que prometiera que no.

Él volvió la atención a su plato.

—Ejem. Basta de eso por ahora. Aunque si sobrevive, créeme...

—levantó la vista y la clavó con sus ojos azulísimos—, si llega a hacerle daño a un pelo de tu cabeza, saldrá de aquí con una patada en el culo.